

PERSPECTIVA HISTÓRICA: LEGADO DE LA GUERRA, MEMORIA COLECTIVA Y FUTURO DE LA REGIÓN

Justicia transicional, reconciliación y memoria histórica en los Balcanes

Vjeran Pavlaković



Gente congregada durante el memorial de Srebrenica. Como cada julio, el resto de las personas asesinadas durante el genocidio de Srebrenica (este de Bosnia) que han sido exhumadas o identificadas ese año desfilan en camiones por el centro de diferentes ciudades de la Federación bosnio-musulmana. Estos restos son trasladados hasta Potočari donde se les da sepultura en el cementerio construido para las víctimas. Sarajevo, Bosnia y Herzegovina. Fotografía: Carlos Palacio

Casi veinte años después de que se pusiera en marcha en los estados sucesores de Yugoslavia un proceso de reconciliación regional, conocido anteriormente como Red de Reconciliación RECOM, [1] la región necesita más que nunca este proceso de reconciliación, ya que los conflictos mundiales amenazan la paz y la estabilidad a escala mucho mayor. Creada oficialmente en el Foro Regional de Pristina en el 2008 como Coalición RECOM, el nombre era la versión abreviada de “comisión regional encargada de establecer los hechos sobre todas las víctimas de crímenes de guerra y otras violaciones graves de derechos humanos cometidas en el territorio de la antigua Yugoslavia”. Aunque no es la única iniciativa de la región, la RECOM encarna los retos, los riesgos y los últimos obstáculos que quedan para la reconciliación postyugoslava. En muchos sentidos, fue una respuesta a las deficiencias del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (TPII), creado *ad hoc* para las Naciones Unidas en 1993 para llevar ante la justicia a los autores de crímenes de guerra e, idealmente, prevenir futuras violaciones de derechos

humanos. El Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia se había fijado unos objetivos ambiciosos de justicia y catarsis, además de un registro fehaciente de las guerras de la década de 1990, pero los estados sucesores de Yugoslavia todavía están dominados por políticos nacionalistas y populistas, que siguen glorificando a los criminales de guerra y permanecen cerrados en una narrativa aparentemente perpetua de autovictimización y amnesia con respecto a los autores de estos crímenes.

En la antigua Yugoslavia, los miembros de la sociedad civil suelen considerar que la reconciliación es un objetivo positivo, mientras que los que provienen de una posición de derechas más conservadora, como los políticos nacionalistas o los representantes de grupos de veteranos, tienden a despreciar el término para considerarlo un intento de igualar la culpa o de recrear una nueva Yugoslavia. Una definición útil de reconciliación es la siguiente: “el proceso de llegar a un acuerdo conciliador mutuo entre enemigos o grupos que habían sido antagónicos [...] y avanzar hacia una relación relativamente cooperativa y amistosa”, y se puede aplicar tanto a las relaciones bilaterales entre países como entre diferentes grupos étnicos. [2] Esta manera de entender la reconciliación no prevé la restitución de estados o ideologías fallidas, sino la creación de una atmósfera que permita a los estados sucesores resolver los legados de los conflictos de la década de 1990. Eso incluye la búsqueda de personas desaparecidas, el procesamiento de los autores de crímenes de guerra, la devolución de bienes robados, el restablecimiento de los derechos de propiedad, la garantía de unas condiciones adecuadas para las personas desplazadas y refugiadas que quieran volver a casa, la resolución de disputas fronterizas y territoriales y la concesión de reparaciones materiales a las víctimas. Aunque los vínculos entre los estados sucesores ya hace décadas que se han “normalizado”, estas cuestiones sin resolver surgen inevitablemente y enrarecen las relaciones bilaterales cuando hay conmemoraciones polémicas, crisis políticas o actitudes públicas hacia los criminales de guerra, cosa que dificulta las relaciones comerciales y afecta negativamente a la vida de los ciudadanos que intentan seguir adelante.

Los mecanismos de justicia transicional prometían ser un contrapeso a los juicios de La Haya. Aunque el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia consiguió juzgar las figuras políticas y militares clave de las guerras de Yugoslavia, además de acumular un archivo impresionante de documentos, testigos y transcripciones de juicios, el proceso fue criticado por durar demasiado, realizarse a mucha distancia de la región y dar más espacio a los agresores que a las víctimas. También se consideró un instrumento para someter a los Balcanes al control de Occidente. La justicia transicional daría poder y autonomía a las sociedades que necesitaban reflexionar abiertamente sobre su pasado, lo cual fortalecería los valores democráticos, restablecería la confianza en las instituciones y facilitaría la cooperación regional. La realidad actual es que las élites políticas regionales se benefician de las divisiones continuas y de las rivalidades etnonacionales, que los grupos y las organizaciones que hicieron la guerra siguen ejerciendo un poder considerable, y que la fuerza de las narrativas victimistas es muy superior que la de los esfuerzos por crear historias compartidas que reconozcan los matices de la historia del pasado.

Aunque la reconciliación todavía continúa, tres décadas después

del hundimiento de Yugoslavia el resultado es un conjunto de sociedades envenenadas por un nacionalismo virulento y una tendencia al autoritarismo basada en la distorsión de los registros históricos

Aunque la tarea de reconciliación todavía continúa —gracias a la dedicación de académicos especializados en justicia transicional, activistas de la sociedad civil y coaliciones políticas alternativas—, el resultado general, tres décadas después del hundimiento sangrante de Yugoslavia, es un conjunto de sociedades envenenadas por un nacionalismo virulento, la desconfianza en el proyecto liberal de la Unión Europea, la susceptibilidad a los esfuerzos desestabilizadores de las potencias extranjeras y una tendencia al autoritarismo basada en la distorsión de los registros históricos. Las culturas conmemorativas de la región casi no destacan nunca la inutilidad de la guerra, sino que enaltecen los sacrificios militares y buscan la venganza de las víctimas de la nación. A pesar de este balance algo lúgubre, todavía existe la oportunidad de trabajar con jóvenes dispuestos a rechazar las narrativas nacionalistas excluyentes. Los programas de intercambio regional, el hecho de poner un énfasis común en el desarrollo de habilidades de pensamiento crítico en los sistemas educativos de la región, el replanteamiento de la reconciliación como un proyecto cultural más que político y la voluntad de la UE de ofrecer un futuro creíble más allá de los Balcanes occidentales podrían ser vías alternativas en lo que actualmente parece conducir a un nuevo conflicto armado.

De los tribunales internacionales a la justicia transicional

La disolución de Yugoslavia en la década de 1990 se saldó con aproximadamente 140.000 muertos, millones de personas desplazadas, la destrucción generalizada de la economía y del parque de viviendas, y siete países independientes (Bosnia y Herzegovina, Croacia, Serbia, Eslovenia, Montenegro, Macedonia del Norte y Kosovo, que todavía no ha sido reconocido por Serbia y otros países). El establecimiento del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (TPII) promovió inicialmente la creencia que se haría justicia, se detendrían los culpables y se les dejaría sin influencia política, y que las sociedades respectivas emprenderían un camino de reconciliación y cooperación siguiendo al modelo de la experiencia francoalemana después de la Segunda Guerra Mundial. Cuando quedó claro que el TPII no sería capaz de alcanzar sus objetivos más ambiciosos para hacer frente al pasado, muchos actores de la sociedad civil recorrieron a mecanismos de justicia transicional restaurativa, que recibieron un apoyo internacional considerable, un breve periodo de apoyo nacional y una amplia atención por parte de la comunidad académica. Sin embargo, todas estas iniciativas, incluida la mencionada Red de Reconciliación RECOM, fracasaron en última instancia a la hora de revertir los discursos étnicos y nacionalistas, las narrativas bélicas y las relaciones regionales antagónicas que, algunas veces, parecen empujar a los países de la región al borde de nuevos conflictos. La falta de voluntad política para implantar estrategias de reconciliación es, sin duda, una de las principales razones del fracaso de estas iniciativas.

El recuerdo de las guerras de disolución de la antigua Yugoslavia a Bosnia y Herzegovina, Croacia y Serbia

Dado que los tribunales penales internacionales como el TPII a menudo no son la plataforma adecuada para que la voz de las víctimas sea escuchada ni crean un espacio para el reconocimiento de su condición de víctimas, los mecanismos de justicia transicional se dedican a facilitar a los testigos tanto de las víctimas como de los agresores. La iniciativa RECOM siempre organizó comisiones formadas por diferentes asociaciones de víctimas en sus foros y congresos. El público de los actos de la RECOM solía estar formado por personas que ya trabajaban en el ámbito de los derechos humanos o de la justicia transicional, y la cobertura mediática era mínima, en el mejor de los casos. Sin embargo, la construcción de monumentos conmemorativos en el espacio público es un acto simbólico que tiene el potencial de reconocer a las víctimas en mayor escala. Este reconocimiento no es sólo entre la víctima y el agresor, como suele pasar en la justicia exclusivamente retributiva, sino que presenta los hechos traumáticos del pasado a la sociedad en general con la esperanza de evitar que se repitan en el futuro. La cuestión que se plantea es qué tipo de memoria o narrativa colectiva se crea —o, mejor dicho, se permite— en el espacio público después de las guerras que acompañaron la desaparición de Yugoslavia.

Las conmemoraciones y otros rituales políticos son componentes clave de la memoria cultural de una nación, cruciales para la construcción y el refuerzo de identidades ideológicas, étnicas, económicas, de género y de otros tipos. La construcción de la memoria cultural y de las identidades culturales son temas centrales de los estudios sobre la memoria, que analizan los diferentes procesos del recuerdo, olvidando que se producen en el ámbito individual, grupal y social. Junto con otros rituales políticos como mitines, desfiles, efemérides y otras reuniones multitudinarias, las conmemoraciones son actividades públicas simbólicas utilizadas por las élites para construir el gran relato de la historia de un estado nación.

Una mirada amplia de la política de la memoria de toda la región revela numerosos ejemplos de cómo se utilizan las conmemoraciones para consolidar las narrativas de victimización del propio bando, mientras que el “otro” es etiquetado invariablemente como el agresor. Durante los primeros quince años posteriores al fin de los conflictos, todos los bandos centraron sus prácticas conmemorativas en los soldados caídos y, en menor medida, en las víctimas civiles, mientras que las efemérides militares y las batallas no recibieron la misma atención. Sin duda, la razón era que los líderes políticos y militares de toda la región todavía eran investigados por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia y para los tribunales nacionales, y se creaba una distancia pública con cualquier persona involucrada en operaciones que pudieran constituir crímenes de guerra. Croacia fue, quizás, una pequeña excepción, a raíz de su narrativa de victoria general, pero incluso allí los aniversarios de algunas operaciones militares, como Medak Pocket (1993) y Flash (1995), sólo los celebraban los oficiales locales. Serbia, que había participado en las guerras de Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina y Kosovo, aplicaba una política de la memoria que esencialmente negaba su participación en cualquiera de estos conflictos bélicos y sólo conmemoraba oficialmente los bombardeos de la OTAN de 1999.

Sin embargo, a medida que el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia acababa de emitir sus dictámenes y los partidos nacionalistas reforzaban el control en todos los estados sucesores, las prácticas conmemorativas se ampliaron en lugares que habían sido marginados hasta entonces, unidades militares caídas en desgracia y batallas olvidadas. Aunque algunas veces esta ampliación del alcance de la memoria permitía un enfoque más pluralista del pasado, por ejemplo el reconocimiento de las víctimas civiles serbias en el conflicto croata, la tendencia general ha sido hacer una política de la memoria más agresiva para consolidar las narrativas nacionalistas hegemónicas. Una generación más joven de estudiosos ha hecho investigaciones excelentes sobre la memoria colectiva en la antigua Yugoslavia, pero no hay bastante espacio en este artículo para analizar los diferentes espacios de la memoria, sobre todo en Macedonia del Norte y Kosovo [3]. Por lo tanto, como ejemplos, nos centraremos en Croacia, Bosnia y Herzegovina y también Serbia, que ha desarrollado prácticas conmemorativas opuestas a las de sus vecinos.

El recuerdo de la guerra de la independencia croata se basa en dos narrativas dominantes: una narrativa de victimización centrada en la caída de Vukovar en noviembre de 1991, y una narrativa de victoria derivada de la Operación Tormenta del verano de 1995. La conmemoración anual de la caída de Vukovar el 18 de noviembre domina la memoria colectiva de la victimización de Croacia y deja poco espacio para que otras tragedias sean reconocidas a escala nacional. La “procesión anual” de la memoria atrae cada año decenas de miles de participantes de toda Croacia y funciona como una peregrinación contemporánea imbuida de significados tanto seculares como sagrados. Visto el papel central de Vukovar como símbolo del victimismo, el recuerdo de las víctimas civiles serbias de la ciudad es controvertido. De hecho, el principal partido de derechas del país consiguió gran parte de su apoyo inicial planteando cuestiones relacionadas con la guerra en Vukovar y sus alrededores, y sigue impulsando numerosas medidas antiserbias como la retirada de monumentos serbios, la apertura de investigaciones sobre crímenes de guerra a pesar de la ley de amnistía de la posguerra, la limitación de la financiación de organizaciones serbias y la prohibición del uso de la escritura cirílica.

Una mirada a la política de la memoria de toda la región revela numerosos ejemplos de cómo se utilizan las conmemoraciones para consolidar las narrativas de victimización del propio bando

La narrativa de la victoria se centra en la Operación Tormenta y la caída de la capital serbia rebelde de Knin el 5 de agosto de 1995, hecho que desvía la atención de las víctimas y enaltece la destreza militar del ejército croata. La celebración se llama Día de la Victoria y Acción de Gracias a la Patria y Día de los Defensores Croatas. Con respecto a la política de la memoria croata, es revelador que la conmemoración de esta acción militar sangrante tenga un papel significativamente más importante en el recuerdo colectivo que la integración pacífica de Eslavonia Oriental en 1998, que, en última instancia, restauró la integridad territorial de Croacia. Esta conmemoración es especialmente excluyente para los serbocroatas a causa del trágico éxodo de decenas de miles de civiles y el asesinato de

muchas personas mayores que se quedaron atrás.

Los juicios del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia contra los comandantes croatas que participaron en la Operación Tormenta, en particular el popular general Ante Gotovina, oscurecieron la conmemoración durante años, pero después de la absolución de todos los acusados, en noviembre del 2012, el aniversario del Día de la Victoria adquirió un cariz todavía más nacionalista y festivo. Aunque la política simbólica ocupó el centro de la escena en Croacia a lo largo del 2015 y el 2016, la elección de un gobierno de centroderecha más favorable a la UE, comandado por el primer ministro Andrej Plenković, dio lugar a políticas más reconciliadoras durante algunos años. El principal partido político serbocroata se convirtió en el socio de la coalición desde el 2016 hasta las elecciones del 2024, cuando Plenković se vio obligado a aliarse con un partido de derechas de Vukovar para mantenerse en el poder. No obstante, en el 2020 el gobierno croata incluyó representantes serbo-croatos en la conmemoración de la Operación Tormenta en Knin, y posteriormente asistió a las conmemoraciones para los civiles serbios asesinados en los pueblos de Grubori y Varivode. Si bien el paisaje de la memoria croata todavía está dominado por monumentos, museos y prácticas conmemorativas que celebran los éxitos militares y las víctimas croatas, se ha producido un cambio, quizás sólo simbólico, en cuanto al reconocimiento de las víctimas civiles serbias. Sigue habiendo una derecha que atribuye la culpa colectiva a todos los serbios, pero, hoy por hoy, la adhesión de Croacia a la Unión Europea ha contribuido a moderar el discurso extremista.

Mientras que el paisaje de la memoria croata es más pluralista desde la adhesión de Croacia a la UE en el 2013, Bosnia y Herzegovina ha seguido creando "islas de la memoria" exclusivas que también se reflejan en el complejo panorama burocrático y político del país. El grupo étnico dominante de cada pueblo, ciudad, lado u otras demarcaciones suele controlar el espacio público, excepto contadas excepciones, como Brčko. Prijedor, ciudad en que la población bosnia fue objeto de detenciones, asesinatos, violaciones y encarcelamientos masivos en campos de concentración como Trnopolje y Omarska, tiene monumentos a los soldados serbios, pero ninguno dedicado a las víctimas civiles bosnias. Durante años, los bosnios que quedan en el país han tenido que conmemorar estos hechos trágicos con métodos semisubversivos, como el Día de los Brazaletes Blancos. Los tres principales grupos étnicos de Bosnia celebran fiestas y conmemoraciones por separado, construyen monumentos por separado, escriben historias por separado e, incluso, se refieren al conflicto de la década de 1990 con tres nombres diferentes: Guerra de la Madre Patria (serbios), Guerra de la Patria (croatas) y Guerra de Liberación (bosnios). Dado que el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia juzgó numerosos líderes políticos y militares de la República Srpska, incluso por el delito de genocidio, las conmemoraciones serbias fueron mínimas al principio. Sin embargo, el líder de la República Srpska, Milorad Dodik, ha ido acumulando poder, ha provocado constantemente tanto las autoridades centrales de Sarajevo como la comunidad internacional y, junto con el presidente serbio, Aleksandar Vučić, ha puesto en marcha una agresiva política de la memoria que presenta a los serbios como víctimas eternas a la vez que niega los diversos crímenes, documentados ampliamente, cometidos contra los no serbios.

El lugar de la memoria más controvertido de Bosnia y Herzegovina es Srebrenica, donde las

fuerzas serbobosnias perpetraron en 1995 una masacre de bosnios que posteriormente fue declarada genocidio por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia. Mladić, Karadžić, Radoslav Krstić y otros comandantes serbobosnios fueron declarados culpables de complicidad en el acto de genocidio, y muchos otros agresores fueron condenados en juicios posteriores a que tuvieron lugar en tribunales bosnios o serbios. El Tribunal Internacional de Justicia confirmó el veredicto de genocidio en un juicio contra Serbia en el 2007, aunque dictaminó que Serbia sólo había incumplido su obligación de prevenirlo. En mayo del 2024, las Naciones Unidas aprobaron el Día Internacional de Reflexión y Conmemoración del Genocidio de 1995 en Srebrenica, que condenaba cualquier intento de negar el genocidio y declaraba el 11 de julio Día Internacional de la Conmemoración. Aunque la República Srpska había organizado varias comisiones sobre los hechos y había emitido una disculpa en el 2004, la consolidación posterior de Dodik al poder dio lugar a nuevas comisiones y a un rechazo de las disculpas anteriores.

Como pasa a menudo en Bosnia y Herzegovina, Srebrenica genera dos narrativas independientes y opuestas. Para los bosnios, representa el punto álgido del victimismo en el conflicto de los años noventa y funciona como un acontecimiento fundacional para el establecimiento y la preservación de un estado unido. Plazas, calles, monumentos y museos de toda la Federación de Bosnia y Herzegovina —la mayor de las dos entidades del país— llevan el nombre de Srebrenica. El hecho de que los tribunales internacionales no hayan declarado como genocidio otros crímenes cometidos en Bosnia y Herzegovina, como los de Prijedor, Zvornik, Bijeljina, entre otros, ha promovido la importancia simbólica de Srebrenica para la clase política bosnia. Para los serbios y la República Srpska, Srebrenica fue un crimen terrible pero comparable con otros crímenes cometidos durante la guerra contra los serbios. La negación oficial de la naturaleza genocida de los acontecimientos de Srebrenica y, en términos más generales, de la estrategia serbobosnia durante la guerra de los años noventa, crea inevitablemente dos verdades paralelas y la ruptura total de un estado que pretenda funcionar con normalidad. La Serbia de Vučić también se ha embarcado en una estrategia política de negación del genocidio, que ha culminado en una amplia campaña de presión el año 2024 para intentar bloquear la resolución de la ONU. Ciudades y pueblos tanto de Serbia como de la República Srpska se llenaron de pancartas oficiales, carteles, vallas publicitarias e incluso pintadas que declaraban que los serbios no eran una nación genocida, aunque la resolución de la ONU no culpabilizó nunca colectivamente a los serbios del crimen.



Un hombre reza por las víctimas de Srebrenica. Durante dos días, los restos identificados de las personas asesinadas durante el genocidio de Srebrenica son veladas por familiares y amigos en una nave cerca del memorial de las víctimas, a Potočari. El memorial recuerda el genocidio perpetrado por las tropas serbobosnias comandadas por Ratko Mladić en julio de Potočari, Bosnia y Herzegovina. Fotografía: Carles Palacio

Mientras que Croacia ha hecho algunos progresos por crear un entorno conmemorativo más plural, y Bosnia y Herzegovina ha consolidado unas narrativas históricas contrapuestas, Serbia ha pasado del silencio oficial sobre las guerras de la década de 1990 a un estallido de conmemoraciones dramáticas, batallas por la memoria con los países vecinos, nuevas festividades nacionales y la construcción de monumentos. Por ejemplo, la batalla de Košare —una escaramuza poco conocida entre las fuerzas serbias y el Ejército de Liberación de Kosovo que tuvo lugar en 1999 en la frontera entre Kosovo y Albania— fue elevada durante el mandato de Vučić a conmemoración nacional, con murales, monumentos y un largometraje producido en los últimos años. Pero todavía más significativas para las relaciones regionales han sido las iniciativas de contramemoria del gobierno serbio hacia Croacia y Bosnia y Herzegovina. En el 2015, Vučić y Dodik establecieron el Día Conmemorativo de los Serbios Asesinados y Exiliados, que en los años posteriores se celebró anualmente en un asentamiento diferente de refugiados serbocroatas en Serbia el mismo día que los croatas salían el Día de Victòria de l'Operació Tempesta. En vez de intentar reflexionar sobre el contexto histórico de la guerra o crear una atmósfera de reconciliación con los estados vecinos, la conmemoración presenta a los serbios como víctimas de los croatas, en un genocidio que se remonta a la Segunda Guerra Mundial. Aunque no hay duda de que los serbocroatas se vieron obligados a abandonar sus hogares y

centenares de civiles murieron durante las ofensivas del ejército croata, la narrativa conmemorativa del estado serbio no siente ninguna empatía por el sufrimiento de los croatas ni reflexiona sobre las causas de la guerra que condujo a la liberación del territorio croata reconocido internacionalmente. El control de Vučić sobre los medios de comunicación, en particular los tabloides y la televisión, garantiza que a la población serbia se le presente una versión de la historia reciente en la cual todos los croatas son fascistas sedientos de sangre —la prensa utiliza habitualmente el término ustaše (ustachi) para describir los croatas y el gobierno croata— mientras que los serbios vivían pacíficamente en su país antes de ser atacados por el ejército croata.

La negación oficial de la naturaleza genocida de los acontecimientos de Srebrenica crea inevitablemente dos verdades paralelas y la ruptura total de un estado que pretenda funcionar con normalidad

Como se ha mencionado anteriormente, Vučić ha destinado considerables esfuerzos diplomáticos a cuestionar la política de memoria del otro vecino de Serbia, Bosnia y Herzegovina, concretamente el genocidio de Srebrenica. Serbia ha negado activamente que Srebrenica fuera un genocidio, y muchos militares que fueron declarados culpables por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia y cumplieron condena por crímenes de guerra han sido rehabilitados y ahora participan activamente en la vida pública serbia. Aunque al final se aprobó la resolución de la ONU para establecer el Día Internacional de Reflexión y Conmemoración del Genocidio de 1995 en Srebrenica, posteriormente Vučić presentó el gran número de abstenciones como una victoria sobre Occidente. De hecho, la política exterior serbia ha sabido mantener el equilibrio entre Rusia, aliado tradicional, y la Unión Europea, que a pesar de haber aportado la mayor parte de las inversiones y la financiación, es ridiculizada a menudo por el gobierno de Vučić como decadente y colonial.

El futuro de la memoria postyugoslava

A pesar de los considerables esfuerzos internacionales de reconciliación y las prometedoras estrategias de la “zanahoria” (adhesión a la UE) y del “garrote” (sanciones) de la posguerra en relación con la cooperación con el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, treinta años después del inicio de las guerras yugoslavas, la región vuelve a estar dividida y amenazada por la inestabilidad. La visión de la totalidad de los Balcanes occidentales como aparte de la UE no se ha hecho realidad, y las perspectivas de una expansión mayor son poco probables. El balance de la gestión del pasado es desigual en la región, y este breve repaso muestra que la política de la memoria se ha utilizado para fortalecer las narrativas nacionalistas que condujeron al conflicto en primera instancia. El énfasis en la victimización de cada nación, con poca empatía por el “otro”, ha creado una distancia social mayor entre países que antes formaban uno solo, y las minorías dentro de cada país son tratadas a menudo como a ciudadanos de segunda clase, o incluso como

enemigos internos.

Si bien las élites políticas postsocialistas de los estados sucesores parecen decididas a perpetuar los mitos excluyentes de victimización etnonacionalista para asegurar sus intereses, incluidos los económicos, que han beneficiado sólo unos pocos y han excluido los aspectos progresistas de Yugoslavia, una cuestión más preocupante es la juventud de la región y las generaciones futuras. Por desgracia, las tendencias educativas son bastante desesperanzadoras, y se ha producido un cambio hacia un nuevo tipo de conmemoración. Aunque los programas de reconciliación no han conseguido atraer el apoyo generalizado de los jóvenes, parece que la juventud ha reaccionado a la tendencia mundial del arte de calle y, en concreto, de los murales “mnemotécnicos” o de creación de la memoria. En Croacia, los murales que representaban Vukovar fueron la primera etapa en la transición del graffiti político a la muralización actual de la guerra de los años noventa, cosa que implicó el paso de las pintadas “antiarte” al arte de calle, que utiliza técnicas y estéticas cada vez más sofisticadas. Los murales de Vukovar no sólo se han hecho mayores y más impresionantes visualmente, sino que en muchos lugares contienen ahora extensas representaciones de hechos históricos. En Split, por ejemplo, los murales se extienden a lo largo de más de un kilómetro, rinden homenaje a soldados croatas, dan nombre a los agresores serbios y representan gráficamente los crímenes serbios contra civiles croatas. En los últimos años, esta tendencia a la muralización se ha ampliado para incluir representaciones de otras batallas y operaciones militares (las operaciones Flash y Tormenta, la masacre de Borovo Selo y los aviones yugoslavos abatidos en Šibenik, para citar sólo algunas), como también grandes murales que representan varias unidades militares. Los símbolos fascistas, prohibidos en los monumentos oficiales croatas, aparecen en murales que sólo están semi-regulados.

La moda de los murales mnemotécnicos no se da solo en Croacia, sino que se puede considerar un fenómeno de alcance regional. Se han creado murales dedicados a Srebrenica en diferentes lugares de Bosnia y Herzegovina con población bosnia, mientras que en la República Srpska hay muchos murales (y pintadas) que enaltecen a Mladić i Karadžić, criminales de guerra condenados, y también Draža Mihajlović, líder de los chetniks en la Segunda Guerra Mundial. El más polémico de todos es el mural dedicado a Mladić en el centro de Belgrado, que ha sido desfigurado y restaurado muchas veces [4]. Es sólo una de las decenas, si no centenares, de murales relacionados con la guerra en Belgrado que representan Mladić, Mihajlović, Vladímir Putin, y la guerra de Kosovo; todos se afanan por ocupar un espacio en las paredes densamente pobladas de graffitis de la ciudad. Los murales dedicados a los criminales de guerra convictos son menos frecuentes en Croacia, aunque en el 2021 hubo una ola de murales e imágenes de Slobodan Praljak en Zagreb y en otros lugares, como también el célebre caso del mural de Mihajlov Hrastov en Karlovac.

Treinta años después del inicio de las guerras yugoslavas, la región está dividida y amenazada de nuevo por la inestabilidad, y la memoria se ha utilizado para reforzar las narrativas nacionalistas

que condujeron al conflicto

Es evidente que esta muralización de la guerra es todavía un proceso de abajo hacia arriba en los estados sucesores de Yugoslavia, ya que muchos han sido creados de forma semilegal por ultras del fútbol; tanto los murales de Mladić como de Hrastov se encuentran en una propiedad privada, pero los ultras han impedido que los servicios comunitarios y las autoridades municipales los retiren. Las futuras estrategias para crear sociedades regionales de cooperación y respeto mutuo tendrán que tener en cuenta esta nueva manera de entender la conmemoración, junto con iniciativas educativas sólidas. Si no es así, los estados sucesores de Yugoslavia volverán a educar una generación que recorrerá a la violencia y a la guerra para resolver los conflictos políticos, sociales y económicos a la cual se tendrá que enfrentar inevitablemente la región en el contexto global actual tan volátil.

REFERENCIAS

- 1 — La iniciativa de crear una red de reconciliación regional fue impulsada por tres ONG: el Centro de Drecho Humanitario (Belgrad), el Centro de Investigación y Documentación (Sarajevo) i Documenta (Zagreb). La Coalición RECOM (2008-2019) pasó a nombrarse Red de Reconciliación RECOM en diciembre del 2019 después del fracaso de la campaña de un millón de firmas y la pérdida de apoyo político regional
- 2 — Kriesberg, L. (2007). "Reconciliation: Aspects, Growth, and Sequences". *International Journal of Peace Studies*, vol. 12, núm. 1, p. 2.
- 3 — La Red de Reconciliación RECOM publicó un informe amplio sobre la política de la memoria a la antigua Yugoslavia. Ver Ivanov, H.; Beharić, S.; Vierda, B.; Stakić, I.; Lumezi, J.; Baća, B.; Stavrevska, E. (2024). "Decade of Remembrance: Memory Politics and Commemorative Practices in the Post-Yugoslav Countries". Belgrad: RECOM Reconciliation Network. [Disponible en línea](#).
- 4 — Stojanović, M. (2021). "Why a Ratko Mladić Mural is So Hard to Remove in Serbia". *Balkan Transitional Justice*, 12 de noviembre de 2021. [Disponible en línea](#).

Vjeran Pavlaković

Vjeran Pavlaković es profesor de Historia y Estudios Culturales en la Universidad de Rijeka (Croacia). Se doctoró en Historia en 2005 por la Universidad de Washington y ha publicado artículos sobre la política de la memoria en el sudeste de Europa, la justicia transicional en la antigua Yugoslavia y los voluntarios yugoslavos durante la Guerra Civil española. Es coeditor del volumen *Framing the Nation and Collective Identity in Croatia* (Routledge, 2019), que se tradujo al croata en 2022. Fue investigador principal del proyecto Memoryscapes en el marco de la Capital Europea de la Cultura de Rijeka, en 2020, y cofundador de la Escuela de Verano Cres sobre Justicia Transicional y Políticas de la Memoria. Desde 2023, es coinvestigador principal del proyecto esloveno-croata Estética y estrategias mnemónicas en la cultura popular (MEMPOP). Su investigación actual se centra en los grafitis y murales como lugares de memoria, la memoria lenta y los conflictos en los Balcanes.